

**María Flores Rivas, Inmaculada Hernández-Tejero
Larrea & Soraya Planchas Gallarte
(eds.), *Animalia. Estudios sobre animales
en la Antigüedad mediterránea*, Madrid,
Ediciones Antígona, 2022, 288 págs. ISBN: 978-84-
18119-57-6 / Depósito Legal M-27741-2022**

Sergio López Calero
Universidad de Córdoba 

<https://dx.doi.org/10.5209/cfcg.97678>

A lo largo de la historia de la humanidad, los animales nos han acompañado de diversas maneras en este difícil trayecto. Ya fuese como método de sustento alimenticio, de protección, compañía, entretenimiento o para tareas mundanas, ambas historias han estado entrelazadas desde el origen de nuestra especie. En este sentido, las editoras de la obra, María Flores, Inmaculada Hernández y Soraya Planchas, han sabido identificar a la perfección la falta de estudios sobre la percepción del mundo griego acerca de estas criaturas. En efecto, esta obra se aleja de las tradicionales investigaciones centradas en aspectos biológicos o veterinarios, y centra la atención de los estudios que contiene en los ámbitos de la filosofía, la literatura y el arte del mundo helénico. A raíz de esto, la obra se constituye en base al objetivo de realizar un análisis profundo desde distintas perspectivas de la importancia de los animales en el pensamiento helénico.

La obra se estructura en diez capítulos precedidos por una introducción realizada por Alberto Bernabé Pajares. Como ya podemos ver desde el índice y comentamos anteriormente, el libro se configura con un marcado carácter multidisciplinar que aborda un arco cronológico que se inicia desde el segundo milenio antes de Cristo hasta nuestros días. Debido a esto, este elemento servirá de eje vertebrador de la obra, donde los estudios se irán presentando desde aquellos centrados en períodos más antiguos hasta llegar a los más recientes.

En el primer capítulo, “En torno al origen del culto a Posidón Hipio”, Juan Piquero realiza un estudio sobre los orígenes micénicos del culto de Posidón y la estrecha relación de esta divinidad con el caballo. Pese a las dificultades existentes a la hora de abordar un tema de esta envergadura debido a la falta de fuentes sobre concepciones religiosas en el mundo micénico, Piquero realiza una magnífica reconstrucción utilizando vestigios textuales y arqueológicos. A partir de este trabajo, el autor muestra la concepción micénica de Posidón vinculado al mundo agrario y terrenal y su estrecha relación con el caballo, considerando al dios como padre de esta especie y presentando varios ejemplos del culto a Posidón Hipio por toda Grecia. No obstante, y a pesar de las pruebas presentadas, el autor se muestra cauteloso a la hora de asegurar rotundamente la presencia de este culto en el mundo micénico debido a la escasez de datos existentes que permitan interpretar certeramente sucesos acaecidos en el segundo milenio antes de nuestra era.

Inmaculada Hernández continúa con el estudio del mundo micénico con su capítulo titulado “La divinidad micénica po-ti-ni-ja i-que-ja”. En este apartado, Hernández-Tejero Larrea vuelve a mostrar las dificultades existentes a la hora de realizar estudios sobre esta época histórica. No

obstante, y pese a ello, la autora realiza un gran esfuerzo centrado en analizar la identidad de esta divinidad presente en las tablillas, cuyo teónimo ha sido traducido como *Potnia Hippeia* o “Señora de los caballos”. A lo largo del apartado podemos observar a la perfección distintas preguntas que van surgiendo: si se considera una sola divinidad o varias, si el término “Señora de los caballos” indica que es la encargada de velar por esta especie o si podemos establecer la hipótesis de que esta divinidad podría ser una diosa que siglos más tarde conoceríamos con otro nombre, como Atenea o Afrodita, o si se trata de una divinidad que perdió su culto. Pese a la problemática presentada, en sus conclusiones la autora presenta un análisis bien argumentado en el que identifica a esta diosa como una divinidad micénica única de la cual adquirirían matices divinidades posteriores como Hera y Atenea.

Tras estos dos estudios centrados en la época micénica, se inicia un apartado ocupado por estudios de una mayor amplitud cronológica, que abarcan una horquilla temporal que va desde la época arcaica hasta la literatura griega de época imperial. En el primero de estos trabajos, “Los hijos de la desmesura: seres monstruosos en las cosmogonías griegas, de la *Teogonía* de Hesíodo a las *Rapsodias órficas*”, Marco Antonio Santamaría realiza un análisis de la concepción de los denominados “monstruos”, seres caóticos que tradicionalmente son enfrentados a los elementos bien ordenados en la construcción del cosmos. Para ello, el autor se nutre de varias obras como la *Teogonía* de Hesíodo o las *Argonauticas* de Apolonio, además de algunos testimonios que solo nos han llegado a la actualidad de manera fragmentada, como las obras de Empédocles, Ferécides o la atribuida a Orfeo. A través de ellas, Santamaría establece una metodología de análisis clara a la hora de abordar estas obras, identificando claramente la fuerte influencia de las cosmogonías orientales, para terminar con unas conclusiones centradas en el concepto filosófico y la autoconcepción de estos seres.

Seguidamente, María Flores Rivas centra su trabajo en conceptos filosóficos y del pensamiento griego con su capítulo “Filozoísmo: actitudes positivas hacia los animales en los textos antiguos”. La autora focaliza su atención de manera magnífica en un elemento ampliamente debatido a lo largo de los siglos: la consideración de la dignidad de los animales y de sus derechos inalienables. Para ello, Flores Rivas realiza un análisis del vocabulario específico utilizado en la Antigua Grecia a la hora de designar a los animales, con el fin de valorar la percepción que tenían los griegos de estos seres, seguido de un repaso sobre las concepciones teóricas modernas acerca de esta relación entre animales y humanos. Tras su análisis, la autora define varios términos interesantes dentro de este campo de estudio, resaltando especialmente el concepto de la teriofilia, para terminar acuñando un término propio, el filozoísmo, identificándolo como la actitud general de amor por los animales. En sus conclusiones, la autora muestra el ejemplo de Demócrito como un autor que podría encajar dentro de esta corriente del “filozoísmo”, abogando por la postura de que no se debería establecer ninguna superioridad, sino vivir en sintonía con todos los seres.

Beatriz Bossi, con el capítulo “Como los lobos aman a los corderos (notas al *Fedro* de Platón, 237a-241d)”, continúa la estela de estudios filosóficos, centrándose en la interpretación del lobo y su relación con los corderos, resaltando los aspectos vinculados al erotismo egocéntrico presentes en la obra *Fedro* de Platón. La autora comienza su análisis de la figura del lobo presentando la gran importancia simbólica que tiene este animal a la hora de realizar analogías con el mundo político y amoroso. Para ello, Bossi utiliza el relato del rey Licaón presente en la *República*, para mostrar cómo el monarca pasó de ser una figura de autoridad protectora a convertirse en un tiránico lobo, literal y metafóricamente, para su pueblo. Posteriormente, la autora utiliza el discurso de Sócrates a Fedro para mostrar el paradigma de la actitud del lobo con el cordero dentro de las relaciones amorosas, rechazando el amor excesivo, posesivo y tóxico, valorando positivamente lo racional. Finalmente, las conclusiones de la autora se centran en realizar un análisis comparativo del uso correcto del eros tanto en *República* como en *Fedro*, estableciendo claramente la idea de que no son para nada incompatibles.

Por último, dentro de los estudios centrados en el pensamiento filosófico, Ignacio Pajón Leyra, con su capítulo “Salvajismo y frugalidad: los animales como ejemplos morales en la filosofía cínica”, resalta la importancia que tenía para los filósofos cínicos elevar la conducta natural animal

frente a la racionalidad humana. En este sentido, el autor expone claramente el uso del paradigma del libre albedrío animal frente a la cultura tradicional y represiva del ser humano, hecho que acercaría más a los animales a la divinidad que a los humanos. En efecto, Pajón Leyra muestra varios ejemplos en los cuales filósofos cínicos como Diógenes de Sínope pondrían a los animales en un estatus superior al humano frente a la corriente tradicionalista bien representada en la obra de Aristóteles, que consideraban tal afirmación como una profunda ofensa a la humanidad. A raíz de estos testimonios, se presenta la afirmación de la consideración de los cínicos como individuos con claras influencias de las corrientes “teriofílicas” o al menos con actitudes claramente positivas hacia los animales. El autor concluye su capítulo remarcando especialmente la idea de que el cinismo de épocas clásica y helenística contemplaba a los animales como seres estrechamente relacionados con el mundo divino y hermanados con los dioses.

Una vez concluido el apartado dedicado a los animales dentro del pensamiento helénico, el libro comienza un nuevo arco temático centrado, en esta ocasión, en la iconografía y las representaciones artísticas. Inicia esta sección Paloma Cabrera Bonet con el capítulo “Animales marinos en la iconografía de la Magna Grecia: vehículos y guías en un tránsito existencial”. La autora, tristemente fallecida hace unos años, analiza a lo largo de su estudio una serie de cerámicas procedentes del sur de Italia. En estos testimonios arqueológicos, son representadas criaturas marinas reales, como los delfines, los calamares y los peces, pero también criaturas marinas fantásticas, como pueden ser las Nereidas, el Hipocampo, Ceto o Escila. A través de su análisis, Cabrera Bonet relaciona a estos seres con el contexto arqueológico en el que fueron encontradas estas cerámicas, formando parte de un ajuar funerario. A lo largo del capítulo, la autora defiende la hipótesis de la relación simbólica en la que estos seres actuarían como elementos limítrofes entre la vida y la muerte. En efecto, la autora relaciona sagazmente la tradición de algunas concepciones del pensamiento griego de que el Más Allá se encontraba en los confines del mundo, más allá del Océano. De este modo, las criaturas marítimas actuarían como elementos psicopompos para el alma del difunto.

En relación con este aspecto, la iconografía asociada al contexto religioso continúa con el siguiente capítulo, “La piel de los misterios: imágenes y realidades de los animales en los ritos dionisíacos”, realizado en esta ocasión por dos autoras: Ana Isabel Jiménez San Cristóbal y Fátima Díez Platas. En este capítulo, las autoras muestran un tema complejo, y a la vez igual de interesante, como son las relaciones presentes entre la divinidad Dioniso y los animales. Para cumplir su objetivo, Jiménez San Cristóbal y Díez Platas enumeran los distintos animales con los que se ha relacionado comúnmente a Dioniso: desde cérvidos a felinos, destacando especialmente la importancia y trascendencia de las serpientes dentro de su culto. No obstante, las autoras muestran a la perfección que la importancia de los animales dentro de los cultos dionisíacos no residía solamente en su presencia, sino también en sus pieles, elementos que serían utilizados para los distintos rituales. En este sentido, se relaciona el uso simbólico de algunas pieles como la nébride (piel moteada de ciervo), la pardálide (piel de pantera), la piel de cabra, de zorra o de serpiente, realizando un análisis particular en cada caso para definir, a través de relatos literarios y testimonios iconográficos, el papel que cada una de estas pieles podría desempeñar dentro del culto real al dios Dioniso.

El octavo capítulo de esta monografía establece una clara vinculación entre el mundo griego y el mundo cristiano, reflejando la pervivencia de motivos clásicos dentro de la literatura cristiana de los primeros siglos de nuestra era. Israel Muñoz Gallarte, en “Entre paganismo y cristianismo: cinocéfalos en el contexto literario de los ss. I-IV d.C.”, analiza la figura de unas criaturas misteriosas que mezclan elementos humanoides y caninos para crear un solo ser: los llamados hombres con cabeza de perro. Muñoz Gallarte establece la primera alusión a estos seres en la obra de Heródoto, quien los habría situado en el extremo oriental de la región de Libia. No obstante, su localización variaría según el autor, ya que Ctesias de Cnido los establecería en la región del Indo. El autor presenta la posibilidad de que la creencia en la existencia de estos seres se debiese a una mala interpretación o traducción de las fuentes de las que provendrían estas historias. Seguidamente, Israel Muñoz Gallarte examina la pervivencia de este motivo dentro de la literatura cristiana y su estrecha relación con la figura de San Cristóbal. El autor en sus conclusiones divide

la tradición en dos perspectivas claramente diferenciadas. En la primera, autores como Platón, Aristóteles o Plutarco harían una interpretación de los datos cercana a la realidad, con la clara intencionalidad de desechar los testimonios que carecían de una base veraz, relacionando a estos cinocéfalos con especies de simios similares a los humanos, como pueden ser los babuinos. No obstante, la figura mitológica de los cinocéfalos perviviría en la literatura cristiana apócrifa en los *Hechos de Andrés y Matías*, los *Hechos de Andrés y Bartolomé* y la leyenda de Cristóbal. En estas obras, la figura del cinocéfalo adquiriría nuevos matices que responderían a un contexto cultural, social y religioso distinto al que fue creado en primera instancia: para responder a las necesidades del relato cristiano.

El último capítulo de esta obra se aleja de los temas literarios anteriormente citados y centra su atención en la pervivencia de los motivos clásicos dentro de la tradición literaria para todas las edades. Juan Luis Arcaz Pozo, en “Argos, el perro de Ulises, en la tradición literaria”, muestra cómo Argos, el único individuo que reconoció a Ulises después de su larga travesía de vuelta a su querida Ítaca, fue profundamente denostado dentro de la tradición literaria de la Antigua Grecia. No obstante, con el paso de los siglos, la figura de Argos sería analizada en numerosas obras y contextos, prestando especial interés a la gran lealtad del cánido. Para ello, el autor realiza un estudio de la figura de Argos a través de la literatura desde el siglo XII hasta nuestros días, realizando diversas reinterpretaciones y valoraciones de su figura y de su historia, situando al fiel Argos en una posición más predominante dentro de la leyenda.

Como se ha podido observar en las anteriores páginas, el libro coordinado por María Flores Rivas, Inmaculada Hernández-Tejero Larrea y Soraya Planchas Gallarte resulta una obra de primer nivel a la hora de analizar la percepción de los animales dentro del mundo griego. Gracias a su enfoque multidisciplinar y con numerosas perspectivas, los resultados obtenidos gozan de una profundidad de análisis que permiten a cualquier lector, docto o no en el estudio de la materia, disponer de una fuente de conocimiento de primer nivel. Por último, la lectura de esta obra muestra a la perfección cómo algunos de los motivos presentes en la Antigüedad Clásica, como la concepción de los derechos de los animales y nuestra relación con ellos, siguen siendo temas de tremenda actualidad. Por tanto, la obra da cabida a una posible reflexión profunda de la posición que ocupan los seres humanos respecto a los animales, hecho que permite una labor introspectiva necesaria y enriquecedora para todos.